

»Conforme manifestó en el trascurso de estas conferencias, cuando en los primeros años de su vida estaba en el convento se dedicó á la lectura, más que de libros propios de su estado, á la de las obras que por aquel entónces estaban más en aura entre las gentes; pasó despues una parte de su vida en Francia, y continuó en la misma aficion, como lo demuestran las diversas citas que hizo á los señores comisionados de los autores griegos y latinos y de los filósofos y mitólogos; diciéndoles que le cuadraba la pintura que hace Juvenal, en la sátira décima, del vicio; que lleno de achaques y sin vínculos de afecto en el mundo, de todo se aburre y todo lo aborrece: repitió una y otra vez que reconoce la iniquidad del acto que ha consumado, y se exacerbaba cada vez que se le manifestaban señales de incredulidad cuando afirmaba que no tenía cómplices, recordando aquel terrible juramento de la Laguna Estigia, que tan fielmente guardaban los dioses del paganismo, doliéndose de que los cristianos no observasen con la misma fidelidad los suyos, y de que á él no se le diera crédito.

»Sirve de consuelo, en medio de la desgracia sucedida, considerar que el autor del crimen que hoy contrista á los españoles, si bien nació en España, casi puede asegurarse que no es español, toda vez que pasó la mayor parte de su vida en país extranjero, adquirió otras costumbres y otras ideas que no son las nuestras, y perdió los instintos de fidelidad, que hoy hace dudar á todos, á despecho de la evidencia, que haya habido un hombre capaz de poner sus manos en la Reina, ob-

jeto de amor y de respeto para cuantos vieron la primera vez la luz del día en la Península.»

El mismo periódico dice en són de queja:

«Hé aquí lo que se permite circular en *La Esperanza* de anoche, miéntras se recogen los periódicos que hablan en sentido contrario (1):

«Pocas horas despues de haber sabido el atentado del 2 escribíamos para *La Esperanza* del 3, que no pudo circular, los renglones siguientes:

«El día que las leyes venguen en la cabeza de Merino su horrible crimen, ese día habrá pagado á la Iglesia, á su antiguo instituto religioso, á nuestro muy amado Fernando VII, á la comunión monárquica entera, las ofensas que á todos había hecho durante el trascurso de treinta y tres años. Hoy que ya la vindicta pública está satisfecha, no tenemos reparo en confesar que, si nos hubiera sido preciso escribir esas palabras al día siguiente, nos hubiera faltado la ira que necesitábamos para hacerlo.

.

» Merino desde el año 13 se hallaba *locamente* enamorado *de la libertad*, como en la Cárcel ha dicho; de esa nueva hija de Nereo y de Dorís de quien muchos

(1) No sabemos qué periódicos hubo en aquella época que defendiesen á Merino, ó lo que es lo mismo, que hablasen en sentido contrario al en que lo hacía *La Esperanza* en las líneas que copia de él, y que por cierto merecen consignarse por la saña y despecho con que están escritas

hablan con entusiasmo, aunque nadie la haya visto jamás en figura corpórea.

»Sus inquietudes, sus afanes, todo cuanto desde entónces sintiera, ha debido referirse á ella.

»Unido de esa manera con el objeto de su pasion, es de presumir que, con los sucesos de la primavera del 48, creyera que ya no era posible arrebatársela; pero cuando despues le habia visto abofeteado en Italia, proscrito en Austria, agonizante en Prusia, escupido en Francia, *vacilante ó agarrotado en casi todo el resto de la Europa continental*, sin duda se persuadió de que iba á perderla para siempre; coincidieron con esto las correspondencias, los escritos en que veia calificar de sanguinario á Fernando de Nápoles, de traidor á Pio IX, de perjuro al emperador austriaco, de hipócrita é inconsecuente al rey de Prusia, de déspota á Luis Napoleon, de reaccionarios á casi todos los demas reyes europeos, y entónces le ocurrió vengarse en la persona de su Reina, que era lo que á su alrededor veia más parecido, por su elevacion, á los que causaran su despecho.

»Es madre la víctima que ha escogido? Razon de más, responde él, para no perdonar: la fecundidad de las reinas es una calamidad para los pueblos.

«¿Va á dar gracias á Dios por el beneficio que acaba de otorgarla? Otro motivo, dice, para que yo, que deserté de mi instituto religioso, la deteste.

»Es jóven? Peor, replica, para que yo y los demas *sabios* continuemos sometidos á su juicio.

»¿Va cubierta de riquezas, y circundada de los res-

petos de su córte? Mejor, contesta, para que yo vengue, al mismo tiempo que mi amor frustrado, á los pueblos cuya miseria oigo encarecer diariamente; á la ley de la igualdad humana, conculcada con semejante distincion de condiciones sociales.»

DEGRADACION DE MERINO.

Hé aquí cómo la describió este periódico:

«El verdadero suplicio del presbítero regicida Don Martin Merino debió ser ayer (dia 5). Un hombre, no ya de moralidad y de creencias, sino de sensibilidad sólo; un hombre, que hubiera sido hombre, hubiera muerto ó hubiera por lo ménos derramado lágrimas de sangre en la imponente, en la terrible ceremonia de la degradacion. Y sin embargo, el regicida Merino se vió despojar impasible de las vestiduras sagradas, y oyó impávido y sereno las imprecaciones y los anatemas de la Iglesia, y sereno y fuerte marchó á la capilla á oír la sentencia que le condena al cadalso.

»Pero dejaremos las reflexiones por ahora, que más adelante tendremos lugar de hacerlas, para dar cuenta de los pormenores de la degradacion.

»Un público numeroso ocupaba desde mucho ántes de las doce la plazuela de Santa Bárbara, que llegó á estar completamente llena á eso de la una, hora en que se creía que la terrible ceremonia tendria lugar.

»Entónces empezó á notarse impaciencia en todo el

mundo, y en cada coche que llegaba creia verse al prelado que debia hacer la degradacion.

»Llegó al fin el Ilmo. Sr. Cascallana, obispo de Málaga, con sus familiares, y al mismo tiempo llegaron el gobernador de la provincia y el gobernador militar; poco despues empezó la ceremonia, que presenciaban de cerca, ademas de las personas que hemos dicho, el fiscal de la Audiencia, el juez de la causa con el escribano, algunos sacerdotes que no conocimos y pocas personas más que habian logrado introducirse; pero de fuera la presenciaba el público todo, que, con los balcones de la sala abiertos, podia satisfacer completamente su curiosidad.

»Esta clase de ceremonias son siempre públicas.

»El prelado estaba vestido de medio pontifical; tenía á su lado cuatro asistentes, un maestro de ceremonias y dos ó tres acólitos.

»Á poco entró el reo, vestido de sotana, con las manos atadas atras y con una cuerda á cada uno de sus piés; firme, como siempre, con una serenidad inconcebible, brutal, dirigió una mirada investigadora á todos los circunstantes y al público que se le presentaba por el balcon.

»Todos se sentian afectados en aquel momento, menos él; todos se estremecian ante la proximidad de un espectáculo repugnante, menos él, que esperó tranquilo, y sin que su semblante sufriera la más ligera contraccion, á que se le dieran órdenes.

«Tiene Vd. que vestirse,»—le dijeron, señalándole los ornamentos colocados en la mesa de un altar im-

provisado, donde se hallaba un crucifijo con dos velas.

«Y cómo? respondió él; con las manos atadas?»

»Entonces se le desataron y empezó á vestirse con calma, con aplomo, sin irreverencia, ántes bien murmurando, al parecer, las oraciones que al ponerse las sagradas vestiduras rezan los sacerdotes.

»Los acólitos le ayudaban, y, como uno de ellos fuera á ponerle el manípulo en el brazo derecho, le dijo sin alterarse: «Al brazo izquierdo.»

»El reo tenía más dominio sobre sí mismo que cuantos le rodeaban.

»Se acabó de vestir y le mandaron ponerse de rodillas; pero, habiéndose hincado un poco distante del obispo, que se habia colocado en la silla que le estaba preparada, se le dijo que se acercase; y habiéndolo hecho con extraña rapidez, arrastrándose sobre sus rodillas, puso en alarma al venerable prelado, que se levantó instantáneamente, y á todos los demas que ocupaban la sala, por lo cual el gobernador de la provincia creyó conveniente colocarse á uno de sus lados y el alcaide al otro.

»No debia, sin embargo, estar animado de miras hostiles, porque se quedó tranquilo, sin que le preocuparan siquiera las precauciones que se habian tomado.

»Al hincarse de rodillas dirigió más cuidadosamente la vista al público que llenaba la plazuela, y entonces, con la misma sangre fria que habia manifestado desde un principio, preguntó á los que le rodeaban:

«¿Hay alguna rúbrica que disponga que estos ac-

tos se celebren á la luz del dia y con los balcones abiertos?»

»No le respondió nadie, y manifestó su resignacion con un encogimiento de hombros.

»Procedióse, al fin, á la degradacion; se puso en manos del reo un cáliz, que se le arrancó luégo, y otro tanto se hizo con una cruz y un candelero, en medio de las imprecaciones y anatemas de la Iglesia, que conmueven y espantan al hombre más incrédulo, con tal que tenga algo de sensibilidad.

»Una maldicion cualquiera, dicha por una persona desautorizada, ofende el oido ménos escrupuloso; pero las maldiciones de la Iglesia, dichas por la autorizada y respetable boca de un prelado, en medio de una solemnidad y un aparato de suyo imponentes, causan una impresion profunda y dolorosa en el ánimo más valeroso.

»Pero el cura regicida las oia sin pena ni sobresalto; tambien sin enfado, sin indignacion, con bárbara y sacrílega indiferencia.

»Y no puede decirse que no las entendia, porque Merino está versado en el latin; y no puede decirse que no las escuchaba, porque estaba atento á todo lo que pasaba á su alrededor.

»El carácter de este hombre, su organizacion, son una cosa especialísima; nosotros hemos visto criminales arrojados que han hecho alarde de valor en acciones insolentes para ocultar su agitacion interior; hemos visto, en hombres avezados al crimen, una serenidad desmentida por la frecuencia de su pulso; una sonrisa,

que es la forzada contraccion de los músculos de su semblante; pero no hemos visto, ni podíamos concebir, esa completa impasibilidad, que es verdadera porque es consecuente, porque no se desmiente nunca, porque se revela en todas las acciones, porque no hace alardes ni busca aplausos.

»Perdónesenos esta digresion; pero no podemos ménos de decir aquí que en el regicida no hemos visto ni furor ni alegría, ni siquiera impaciencia; no hemos visto más que la negacion de todas las pasiones.

»Es verdaderamente un monstruo, pero un monstruo insensible; sólo él pudo permanecer indiferente al oír los anatemas que se hacian caer sobre su frente invocando al Sér Supremo.

»Pero sigamos en nuestra reseña.

»Despues de arrancar de las manos del criminal los sagrados objetos que se pusieron en ellas, se le fué despojando de las vestiduras sacerdotales, propias de las diversas órdenes sagradas, empezando por las del presbiterado y concluyendo por las de la primera tonsura, siempre con las terribles é imponentes imprecaciones de que hemos hablado ya.

»Aquí recordamos nuevas circunstancias que prueban la imperturbabilidad con que sufría la gravísima pena de la degradacion el ex-fraile Merino.

»Al quitarle la casulla se le descompusieron un poco los cabellos, que él se arregló en seguida con la mayor calma; y al ponerle la sobrepelliz, símbolo de la prima tonsura, observó que no era de primera clase: él procedía como si estuviera en su casa, en medio de sus cria-

dos y ocupado en la accion más indiferente de su vida.

»Repetimos que no veíamos allí alardes de insolencia, sino la frialdad que, á nuestros ojos, es todavía más repugnante, porque los alardes insolentes prueban que el ánimo no está tranquilo.

»Despojado ya de sus vestiduras y hasta de la sota-na, se le rasparon las manos, y un barbero le cortó los cabellos; entónces, como se habia quedado en chaqueta, sin ningun abrigo, y la sombra daba en la fachada del edificio, dijo con la impasibilidad de siempre:

«Despachemos, que me voy quedando frio.»

»Frios, y no poco, estaban los que le oian, no por la temperatura de la habitacion, sino por la bestial impasibilidad de quien tantos motivos tenía para estar afectado.

»Nos olvidábamos decir que, cuando el público de la calle vió que la degradacion iba á terminar, prorumpió en un *Viva la Reina!* que llamó la atencion del sacerdote degradado, y le inspiró estas palabras, que dijo tambien sin movimiento de ira:

«Pero, por qué no cierran ese balcon? No lo digo por mí, sino por la solemnidad del acto.»

»Y hé aquí cómo este hombre no busca la ostentacion ni la celebridad, sino que obra como quien tiene frio el corazon, ó, por mejor decir, como quien no lo tiene.

»Otro *viva* resonó tambien dentro del edificio; pero por esta vez nada tuvo que decir el ex-presbítero regicida.

»Faltaba todavía lo más terrible, lo más imponen-

te del acto, no para el reo, á quien nada le importaba, sino para el venerable prelado, que flaqueaba bajo el peso de tantas emociones, y para los que le acompañaban, que no estaban ménos afectados; faltaba el acto de entregar el eclesiástico degradado al brazo secular, que se verificó, como es costumbre, pronunciando el prelado una plática sentida que acabó de afectarle y que conmovió, más de lo que estaban, á los circunstantes; las lágrimas se desprendían de los ojos del respetable Sr. Cascallana; los que le escuchaban apenas podían contener las suyas, y todo era allí emociones y sentimiento; era un espectáculo desgarrador, era un cuadro triste; pero habia una sola cosa que lo desentonaba, y era la constante frialdad del hombre que más debiera haber sentido.

»Sólo él no sufría; sólo él tenía los ojos enjutos; sólo él tenía el semblante sereno; sólo él tenía el ánimo tranquilo; sólo él no sentía frecuentes las palpitaciones del corazón, y sólo él pudo convertir el dolor y el sentimiento en noble y severa indignación.

»Pero, qué mucho! Ese hombre no tiene idea ninguna de moral ni de religion; para él, segun hemos oido á personas que le han hablado, el hombre no es más que una planta que nace, crece y muere como todos los séres de la naturaleza, sin que despues de esta vida tengan premio ó castigo sus acciones.

»Como la hoja cae del árbol marchita, así cae la existencia del hombre cuando está marchita tambien: éstas son las creencias de este monstruo.

•Y cómo es ateo en religion, es ateo en política; se-

gun él, las formas de gobierno no son nada; las personas que gobiernan son el todo: así lo tiene consignado en sus declaraciones. ¿Qué doctrinas políticas podrán, pues, atribuírsele?

»Así como hemos dicho que en él no hemos encontrado más que la negacion de todas las pasiones, diremos tambien que nos parece la negacion de toda idea moral, religiosa y política.

»Y sin embargo, este hombre, segun nos han informado, ha dicho que pudo hacer más de lo que hizo; pero que, al cometer un crimen, se sintió cobarde. Y ¿no se ha convencido, si esto es cierto, de que la Providencia fué la que detuvo su brazo?

»En ese momento de cobardía, si es que la cobardía existió, vemos nosotros la lucha del espíritu con la materia; vemos la racionalidad triunfando de los instintos brutales; vemos, lo repetimos, la Providencia.

»Si este hombre no fuese ciego, habria ya visto la luz; si tuviera un resto de sensibilidad, se habria ya conmovido y empezado á sentir un saludable arrepentimiento, que si en esta vida no, le serviría, aunque él no lo crea, en la otra.

»Nos olvidábamos de que teníamos que concluir, y concluiremos con otros rasgos de los que caracterizan al regicida Merino.

»Se le mandó hincar de nuevo de rodillas para leerle la sentencia, y obedeció; pero, habiendo notado uno de los presentes que no debia leerse allí, —«Aquí nó?— preguntó él, —pues vamos;»— y se dejó conducir á la capilla, en cuya puerta le fué leída la sentencia, y fir-

mó la notificación, colocando sobre un libro el papel, y con pulso seguro, para dar la última prueba de serenidad.»

EL REO EN LA CAPILLA.

«El regicida, que por la mañana en su calabozo se habia manifestado insultante é irascible hasta el extremo de querer, en su arrebato, acometer al alcaide, el cual, para contenerlo, tuvo que tratarlo con energía y aún dureza, no habia querido tomar otro alimento que una taza de caldo y unos bizcochos; despues, en la imponente ceremonia de la degradacion, hizo, como hemos visto, alarde de una impasibilidad horrenda, que aterró á cuantos la presenciaron; y luégo, al entrar en la capilla, ceremonia que se verificó á las tres de la tarde, quedó sereno largo rato, con la calma que habitualmente se le ha visto desde el momento de su prision.

»En la capilla le han acompañado desde el primer momento dos sacerdotes, con los cuales ha conferenciado tranquilo sobre las materias que le han propuesto, discutiendo en algunos puntos como si se hallara en una Academia.

»Despues de algun tiempo de hallarse en la capilla manifestó su deseo de hacer testamento, á cuyo efecto se avisó á un escribano, el cual se presentó con otros tres de su misma clase, que sirvieron de testigos al otorgamiento de dicho instrumento.

»La última voluntad del reo, consignada en él, ha sido que se cumplan las instrucciones que verbalmente tiene comunicadas al Excmo. Sr. D. Lorenzo Arrazola, presidente del Supremo Tribunal de Justicia, y que lo que reste de su caudal, despues de cumplidos dichos encargos, se entregue á su criada *Dominga Castellanos*, á la cual instituye por su única y universal heredera. Ésta se halla tambien presa é incomunicada en la misma Cárcel del Saladero.

»Parece, segun hemos oido, que el reo habia manifestado al referido Sr. Arrazola el punto donde tenía en su casa la cantidad de 60 onzas de oro, las cuales fueron en efecto encontradas.

»Hasta anoche á hora avanzada no habia ofrecido el regicida en la capilla ninguna otra novedad notable.

»Conservaba inalterable su serenidad, y á las exhortaciones de los sacerdotes se habia manifestado dispuesto á cumplir con los deberes de cristiano.

»Anteanoche, á cosa de la una, pasó á la capilla el gobernador de la provincia D. Melchor Ordoñez, y parece que el reo principió á quejarse de la manera con que le habian tratado cortándole los botones de su chaqueta, registrándole escrupulosamente para ponerle en capilla y faltándole, segun creia, á otras consideraciones. El señor gobernador le contestó en los términos que creyó convenientes, y el regicida le replicó de una manera poco comedida, produciendo un altercado que la autoridad cortó con la prudencia que el caso requería.

»Ayer mañana el reo tomó chocolate , y á las once y media le visitó el excelentísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, que pasó con él un largo rato.

»Durante todo el dia le acompañó un sacerdote , teniente de la parroquia de Santa Cruz, y los dos hermanos de la Paz y Caridad , que alternaban segun es costumbre.

»Despues de las conferencias y frecuentes pláticas que con éstos tuvo, pidió que llamaran á D. Manuel Tirado, teniente de la parroquia de San Millan, para confesarse, como lo verificó á las dos de la tarde; despues, cerca de la noche , se reconcilió con el mismo sacerdote.

»Á las seis y media volvió á visitarle el señor cardenal, y seguidamente se dispuso que se administrara al reo el Santo Viático, para lo cual se habian hecho las prevenciones oportunas á la parroquia de San José, á cuya feligresía pertenece la Cárcel.

»Al llegar el Viático á la capilla se hallaban en ella, ademas del señor cardenal arzobispo de Toledo y los sacerdotes asistentes, los eclesiásticos Sr. D. Francisco Puig y Esteve y Sr. García, cura párroco de Chamberri. El acto de la administracion del Viático fué bastante imponente. Despues de recitar el sacerdote ministrante las primeras oraciones, el Sr. Puig Esteve, que se hallaba al lado del reo, principió á leer una declaracion que tenía escrita en un pliego de papel, la cual iba repitiendo palabra por palabra, con serenidad y voz tranquila, el cura regicida.

»En dicha declaracion expresaba D. Martin Merino

que se confesaba autor del horrendo crimen de haber atentado contra la vida de S. M. la Reina Doña Isabel II, hiriéndola en su sagrada persona el dia 2 del corriente mes, en el momento solemne de ir á purificarse y presentar en el templo á su excelsa hija la princesa Doña María Isabel; declaraba que en este acto no habia tenido cómplice alguno; que lo habia cometido por su sola y espontánea voluntad; que de este crimen estaba arrepentido, y por él pedia perdon á Dios, á S. M. la Reina, á las personas de la real familia, y á todas cuantas con él hubiese causado algun daño ó perjuicio. Que tambien pedia perdon al clero, de la mancha que con su conducta le habia causado. Que estando próximo al término de su vida, hacía esta declaracion solemne, para que constase, confesando que la hacía por su libre y espontánea voluntad, sin haber sido á ello invitado ni inducido por nadie.

»Terminada del modo que hemos indicado esta declaracion, que en su parte sustancial dejamos referida, uno de los eclesiásticos presentes, creemos que el señor teniente de Santa Cruz, manifestó que, pues tan solemne habia sido la confesion del Sr. Merino, y supuesto que, arrepentido, habia pedido perdon de su delito, debia ser perdonado en nombre del clero y de todos los españoles, cuya idea confirmaron con sus palabras el excelentísimo señor cardenal y demas personas presentes.

»En seguida el Sr. Puig y Esteve manifestó que, para que siempre constase y pudiera acreditarse la declaracion que tan solemnemente acababa de hacer,

convendría que se tomase nota de los nombres de todas las personas presentes; y en efecto, así se verificó.

»Acto continuo, el sacerdote que había conducido á S. D. M. puso la estola al venerable cardenal arzobispo de Toledo, el cual, por sí mismo, administró al reo el Sacramento en la forma prevenida por el ritual.

»Terminada esta ceremonia, salieron de la capilla la hermandad de la Paz y Caridad y el sacerdote que conducía el Santo Viático, y quedaron en compañía del regicida las demás personas.

»El reo se manifestó, durante todo este acto, á la par que sereno y tranquilo, respetuoso y áun edificante.

»Á algunos ha llamado la atención que se haya administrado el Viático á un reo que está en capilla, como se practica con los enfermos, cuando la costumbre ha sido siempre con los sentenciados darles la Comunión en la misa que se celebra en la misma capilla, en la mañana del tercer día, ó sea pocas horas ántes del momento fatal señalado para la ejecución.

»En las siguientes horas de la noche no ofreció particularidad alguna: siguió en sus conferencias con los sacerdotes que le acompañaban, siempre con su imperturbable serenidad; descansó tranquilo largos ratos, y así llegó el amanecer del último día de su existencia.

»Á eso de las cinco, un dependiente de la Cárcel le pidió que le hiciera el favor de permitirle cortar un rizo de su pelo, á lo cual Merino accedió con excesiva amabilidad, pero añadió:

«¿Para qué quiere Vd. esa prenda de un sér tan

degradado y tan miserable como yo?» El dependiente le contestó que queria conservarlo.

»Serian las seis cuando el reo preguntó *qué hora era*; y habiéndosela dicho uno de los sacerdotes que con él estaban, le preguntó si queria tomar algo, ó tenia alguna necesidad, á lo que contestó: «Que nada deseaba; que sólo queria saber el tiempo que le quedaba de vida; que siendo éste tan corto, creia que tenia satisfechas todas sus necesidades; porque si en el camino le ocurría alguna y lo manifestaba, le contestarian: Ya es tarde; vamos de prisa.»

»Á las nueve tomó chocolate, y á la pregunta que le hicieron los hermanos de la Caridad, contestó: «Que le habia sentado muy bien; porque á un cuerpo que estaba tan debilitado como el suyo todo le sentaba bien, no siendo comida fuerte ni en gran cantidad.»

»Á este tiempo, en las calles del Norte de Madrid se notaba un movimiento extraordinario: la poblacion entera se dirigia hácia las afueras de la puerta de Santa Bárbara; el Campo de Guardias, en toda su dilatada extension, presentaba una masa compacta, compuesta de muchos millares de personas apiñadas, como jamás se han visto en ningun espectáculo de cualquier género que haya sido. Las casas de Chamberí, en sus balcones, en sus tejados, en sus torres; todos los edificios, las alturas todas, estaban coronadas por una multitud inmensa de personas de todas clases y condiciones, desde las más elevadas hasta las más humildes de nuestra sociedad. Hombres y mujeres, ancianos y niños, se veian en esta numerosísima reunion. »

ÚLTIMOS MOMENTOS Y EJECUCION DEL REGICIDA.

« Creemos que el regicida Merino es un fenómeno único en su especie; un *usus natura* en el orden moral, de esos que no se presentan más que una vez en la historia del género humano, y cuya organizacion especial no puede reproducirse nunca. Era, si nos es lícito apelar á estas figuras para expresar algun tanto nuestro pensamiento, un hombre sin nervios, sin corazon y sin alma; un autómeta más perfecto que los que salen de la mano del hombre, pero igualmente incapaz de sentir y de expresar sus sentimientos en la misma forma que los demas hombres, por carecer en gran parte de las facultades é instintos comunes á todos.

» Los filósofos futuros estudiarán el carácter de este monstruo como uno de los más extraordinarios que jamás se han visto; y por esta razon, por la misma razon que en el orden material impulsará á los médicos á estudiar su mecanismo interior, la configuracion y las aberraciones de sus vísceras y entrañas, y los fenómenos que presenten las protuberancias de su cráneo, es conveniente consignar como materiales para los estudios de las ciencias morales todos los dichos, todos los gestos que se han observado en ese hombre hasta que expió en el cadalso el crimen que ha horrorizado á todos los españoles. Bajo este punto de vista, todos los pormenores que damos no tienen por objeto echar pasto abundante á una curiosidad enfermiza y extragada, trabajo que seríamos los últimos en desempeñar, y que

abandonaremos á los zurcidores de melodramas románticos.

»El regicida no perdió un sólo instante su calma, su sangre fria, su brutal impasibilidad. Cuando, momentos ántes de salir de la capilla, le quitaron los grillos, operacion pesada y difícil, él mismo dirigia á los que lo ejecutaban, y los reconvenia cuando creia que obraban con torpeza. Terminada la operacion cogió los formidables grillos en la mano, y exclamó *que eran una pieza magnífica*. Cuando le trajeron la hopa amarilla con manchas encarnadas, la examinó diciendo:

«Es fea, pero no tanto como yo creia; y aún así no quisiera cambiarla por el manto de los Césares.»

»Reconvenido entónces con mansedumbre por uno de los respetables eclesiásticos que le asistian, se calló y se vistió cuidadosamente la hopa.

»En cuanto al gorro, declaró que lo habian hecho demasiado ancho, y dijo «que se lo colocase otra persona, porque él no acertaba á hacerlo.» El verdugo, segun costumbre, le abrazó y le pidió perdon por la muerte que le iba á dar, á lo cual le contestó muy sereno:

«Nada tengo que perdonar á Vd.; Vd. cumple con su deber, con lo que manda la ley, y va Vd. á ejecutar una sentencia que es justa: lo único que quiero pedir á Vd. es que, cuando llegue el momento de desempeñar su oficio, lo ejecute lo más pronto posible.»

»En seguida le pusieron las esposas; salió y se detuvo en la pieza de entrada; se hincó de rodillas de-

lante de la imágen de la Virgen; rezó la Salve en latin y se volvió á despedirse respetuoso de los que quedaban en la Cárcel.

»Eran entónces las doce y media, y bajó las escaleras, que son muy largas, sin aceptar el apoyo que se le ofrecia, porque dijo no necesitarlo. Quejóse, sin embargo, de *que las esposas eran algo estrechas*; y cuando se puso al lado del burro que le habia de llevar, declaró *que para montar necesitaba auxilio*. El verdugo y su criado lo tomaron en brazos para montarlo en la bestia, y esta fué la única vez que se irritó, llamando bárbaro al criado del verdugo, porque dijo le lastimaba el brazo con su torpeza.

»Colocado, sin embargo, sobre el burro, exclamó con aire de satisfaccion:

«Ahora sí que estoy cómodo; ¿pero no podian haber puesto unos estribos para que montara?»

»Elogió la hermosura del animal, que por su gran tamaño lo merecia; y mirando al verdugo y á su criado, con aire muy complacido, dijo:

«Vaya un par de escuderos que me he echado!»

»Todo esto lo decia sin alarde, sin ostentacion, como la cosa más natural del mundo, como si fuese á dar un paseo en vez de marchar al cadalso. Al salir á la calle el burro no queria andar, y el reo, con una calma atroz, exclamó:

«No quiere andar: si fuera mio, yo le haría marchar derecho!»

»La lúgubre comitiva se puso en movimiento, abriendo la marcha un escuadron del regimiento del

Rey, y siguiendo por órden y en filas otras tropas y los hermanos de la Caridad; luégo el reo, rodeado de sacerdotes; el gobernador de la provincia, de uniforme, á caballo, con varios oficiales; los ministros del tribunal y otros auxiliares de la justicia, y despues tropas de infantería y caballería formando el cuadro.

»El reo llevaba en sus manos, sujetas por las esposas, un papel en que estaba grabada la imágen de la Vírgen. Su rostro estaba algun tanto pálido, y sobre él resaltaba su barba canosa, que no se habia afeitado en cinco dias. De cuando en cuando fijaba la vista en la sagrada imágen y movia los labios como si estuviese en oracion.

»Despues miraba á los lados para ver, sin duda, al inmenso pueblo que se apiñaba en la carrera, pero no habia en su mirada ni odio, ni temor, ni alardes de valor y de tranquilidad, sino la más completa indiferencia hácia todo lo que sucedia.

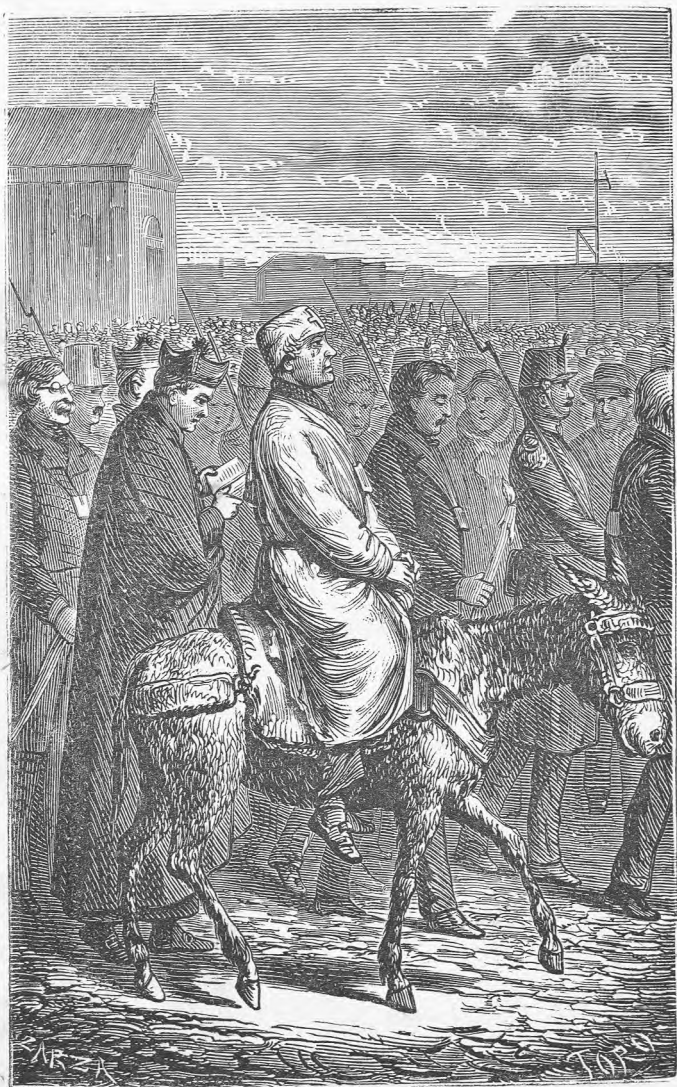
»Á veces se incorporaba un poco sobre su montura para mirar el cadalso, que se veia á lo léjos por encima de la multitud y de las tropas. Pero no lo miraba con terror ni repugnancia. Parecia su mecanismo insensible, y en nada de lo que hacia podia descubrirse el menor rastro de afectacion.

»En lo que iba diciendo no fué ménos notable su brutal serenidad.

»Una vez se quejó de que la comitiva marchase con demasiada lentitud y manifestó el deseo de que avivase el paso.

»Á uno de los eclesiásticos que le asistian, le dijo:





Qué bajo está! — dijo mirando al patíbulo sin escuchar al sacerdote.

(7 de Febrero de 1852.)

«Déjeme Vd.; Vd. está aquí para auxiliarme cuando lo necesite; yo me auxilio á mí mismo; tengo mis ratos de meditacion, y cuando esto no baste se lo diré á Vd.»

»Tambien se dirigió una vez al criado del verdugo, que llevaba la caballería del diestro, diciéndole:

«Eres tan bárbaro, que ni sabes guiar un burro; si te tuviera aquí cerca te daría una patada que te habrias de acordar de mí.»

»Y como uno de los eclesiásticos, que iban dolorosamente afectados, le dijese: «Señor D. Martin, ¿son éstos momentos oportunos para expresar semejantes sentimientos?»—replicó el reo:

«Ya ve Vd. que es broma; aunque estuviera cerca de mí, soy incapaz de hacerle daño.»

. »Su mirada parecia suave, aunque fria é indiferente. Representaba ménos edad que la que tenía.

»El pueblo lo acogió con curiosidad, pero sin un grito ni un insulto que fuese la expresion de la repugnancia que inspiraba á todos el asesino de su Reina.

»Llegada la comitiva al pié del patíbulo, hizo alto. Allí el reo se reconcilió, y terminado este acto *quiso subir la escalera del cadalso*, pero se le detuvo porque se queria que la ejecucion se verificase á la misma hora en que cometió el atentado, y áun faltaban algunos minutos.

»Preguntó Merino *que por qué se detenian*, y habiéndosele contestado que habia aún algo que hacer, replicó:

«Si es por ustedes, bien; pero yo por mi parte estoy enteramente listo.»

»Llegado el instante fatal, subió la escalera sin querer apoyarse en nadie.

»Colocado sobre el tablado, hizo ademan de querer hablar; mas el pueblo, que lo comprendió, lanzó con entusiasmo un grito de *Viva la Reina!*

»Entónces el regicida, con voz clara, dijo:

«No voy á decir nada que injurie á la Reina; quiero sólo repetir que, en el delito que he cometido, no he tenido ningun cómplice.»

»Si los tuvo, ha llevado su secreto consigo á la tumba.

»Dichas las palabras que hemos copiado, Merino se dirigió al banquillo fatal, sin prisa, pero sin que le flaquearan las piernas, sin que en su impassible fisonomía se pudiese descubrir la más leve alteracion.

»Sentóse con la mayor naturalidad, como si no hiciese más que ejecutar la parte del programa que le correspondia; se dejó atar por el verdugo, á quien dijo: *Aprieta!* Y un instante despues la argolla fatal dió suelta á su alma.

»En este instante terrible se oyó el murmullo de la multitud que decia: *Dios le haya perdonado!* é inmediatamente un grito atronador de *Viva la Reina!*

»En esas dos fórmulas está encerrada toda la historia del pueblo español, su Dios y su Rey.

»¿En qué ocasion más oportuna podia hacer alarde

de estos nobles sentimientos, que en aquella en que iba á buscar el perdon de Dios el alma del que habia osado poner sus sacrílegas manos en la persona sagrada é inviolable de nuestra Reina?»

SUETOS DE EL HERALDO QUE REPRODUCIMOS POR
LO CURIOSOS.

«Parece que la Reina ha regalado el magnífico manto que llevaba el dia en que se cometió el atentado contra su augusta persona, y que está atravesado por el puñal regicida, á la Virgen de Atocha.»

«Varios jóvenes de todas las clases de la sociedad y de todos los partidos han concebido el pensamiento de erigir un arco de triunfo para el dia en que S. M. se presente en público, añadiendo que, habiéndose ofrecido muchas personas más, han ensanchado su pensamiento abriendo una suscripcion para ello.»

«Nuestro amigo, el distinguido poeta D. Pedro Madrazo, nos ha favorecido con el siguiente soneto, lleno de verdadera poesía, y que le ha sido inspirado por el acontecimiento horrible que hoy deploran todos los españoles :

EL REGICIDA.

¡Satán le impele, bárbara porfía
 trabando en él contra su ley su estrella!
 ¡y en el templo estampó la inmundu huella,
 profanador del culto de María!

Ya el sacrilego armó la mano impía.
 la Reina pasa, ¡cuán alegre y bella!
 ¿Cómo no ha de poner la mano en ella
 quien en su mismo Dios ¡ay! la ponía?

De España el corazon se hiela al grito:
 Traicion! la sangre de Isabel hoy baña
 manto real y alcázar de granito!.....

Pero no ha muerto, no! vana es tu saña;
 date al verdugo, llora tu delito;
 quede apiadado Dios, vengada España!

PEDRO DE MADRAZO.»

«Muchos individuos que han servido destinos político-administrativos, no pudiendo asociarse á ninguna corporacion, habian concebido el pensamiento de elevar una exposicion, y que, para darle mayor importancia, la ponian al público en la librería de Matute, para que la firmasen los que quisieran.»

PROTESTA DE MERINO.

El mismo periódico decia el dia 7, ó sea el de la ejecucion de Merino:

«Á última hora nos ha sido remitida por el señor gobernador de la provincia la siguiente exposicion :

«Señora: Martin Merino, indigno de contarse entre los súbditos de V. M., no puede ménos, para calmar la inquietud de su conciencia, de acudir á suplicar rendidamente a V. M. se digne, como cristiana, perdonarle la atroz injuria que, en un momento de deplorable extravío, ha tenido la desgracia de cometer contra la augusta persona de V. M. La infinita misericordia del Rey de los Reyes le hace esperar haber obtenido su perdon; y para morir tranquilo quiere alcanzar, ó cuando ménos, si de esto no es digno, implorar el de V. M. En esta atencion, y á presencia de todos los que le rodean, á quienes ruega firmen con él, declarando no haber tenido cómplices, rendidamente suplica se digne añadir una nueva prueba más de caridad cristiana á tantas otras como tiene dadas, echando en perpetuo olvido el horroroso atentado del infeliz Martin Merino.—El gobernador de la provincia, Melchor Ordoñez.—El capellan de los Excmos. Sres. Duques de San Carlos, Carlos Lopez y Cordero.—El cura, teniente de Chamberí, Miguel Martinez y Sanz.—Los mayordomos de la Paz y Caridad, Joaquin Macmaol y Alonso.—Cipriano Maschori.—Antonio Castellanos.—El comandante de la guardia, Faustino de Neila.—El alcaide, Ramon Baños.—Capilla de la Cárcel de Villa, á las once de la noche del 6 de Febrero de 1852.»